

## El poder de la humildad

Publicado: Lunes, 17 Agosto 2020 01:30

Escrito por Juan Luis Selma

---



*En su obcecación, el soberbio lo estropea todo, comenzando por uno mismo, al tener una imagen suya deformada, irreal*

Nos hemos preguntado alguna vez cómo caemos a los demás, qué cualidades debemos tener para estar bien considerados, para ser tenidos en cuenta. Nos gusta dar una buena imagen. Ahora, nos fijamos enseguida en el físico: si soy sexi, si estoy en forma, si soy guay; después en el poder adquisitivo: tengo posibles; la personalidad: tengo tirón, soy interesante... Pero lo que hace a una persona atractiva va por otro lado, **nos cae bien el sencillo, auténtico, directo, templado**, en definitiva: humilde.

El pretencioso, el que va de interesante, el creidillo desprende un tufillo que detecta toda pituitaria y produce rechazo. En cambio, el auténtico, aunque tenga poco, tiene más valor. **Santa Teresa** decía que humildad es andar en verdad, y es cierto que no somos ni los más listos, guapos, ricos...; por eso, el respeto hacia las opiniones de los otros, el no querer imponer las nuestras, la actitud sencilla es muy valorada. Estar en la verdad de uno mismo, **ser conscientes de nuestras limitaciones y también de nuestras virtudes** y actuar en consecuencia; ser humildes nos hace más asequibles y más valorados. No caigamos en

el infantilismo de pensar que somos perfectos, que todo lo hacemos bien, que nuestras ideas son las mejores, y pretender que todos hagan lo que digo y como yo lo digo.

Lo contrario a la humildad es la **soberbia, actitud que ciega mucho**. Comparándolas, decía **san Agustín**: “Esta sencillez es propia de los grandes; la soberbia, en cambio, es la falsa grandeza de los débiles, que, cuando se adueña de la mente, levantándola la derriba; inflándola la vacía, y de tanto extenderla, la rompe. El humilde no puede dañar; el soberbio no puede no dañar”.

En su obcecación, el soberbio lo estropea todo, comenzando por uno mismo, al tener una imagen suya deformada, irreal. Parte de falsos presupuestos, **no se deja aconsejar** y, cuando ve que no le hacen caso, descalifica a los demás, los empequeñece. En cambio, el que anda en la verdad y vive de ella engrandece a los demás, sabe ver lo positivo, lo bueno que tienen.

¿Cómo crecer en esta virtud? Primero hay que valorarla, pues podemos pensar que es una virtud de los débiles; que tener una actitud respetuosa, educada es servilismo, algo enfermizo. Después, darnos un baño de realismo: ver nuestras limitaciones, la cantidad de proyectos que no somos capaces de sacar adelante, **los propósitos que se quedan en el tintero**.

Ahora, la crisis de la pandemia nos hace conscientes de las lagunas científicas y sociales de nuestro mundo idealizado, que el Mundo feliz de **Huxley** no lo es tanto. Pienso que una filosofía realista, la que se hace mirando por la ventana, saliendo a la calle, no la que es fruto de la imaginación, de los deseos y sueños, al acercarnos al mundo real, nos lleva a la humildad: las cosas, el mundo, la naturaleza, el cuerpo humano ... son como son: limitados. No somos Dios, ni tenemos su poder. **Debemos contar con nuestras limitaciones** y con las de los demás.

En el Evangelio de hoy encontramos una escena que, en nuestra soberbia, nos puede costar entender: “Ella se acercó y se postró ante él diciendo: Señor, ayúdame. Él le contestó: No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos. Pero ella repuso: Tienes razón, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos”. El Señor permite, casi se puede decir que provoca, la humillación de **la mujer cananea que implora la curación de su hija**. Podría haberla curado a la primera, pero deja que insista, que se humille. Al final se conmueve con su actitud: “Jesús le respondió: Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas. En aquel momento quedó curada su hija”.

## El poder de la humildad

Publicado: Lunes, 17 Agosto 2020 01:30

Escrito por Juan Luis Selma

---

Es toda una lección para el soberbio, engreído, que se arrodilla ante múltiples ídolos, pero no ante Dios, y no respeta a los demás. Humillarnos frente a Dios, suplicarle, es una confesión de nuestra pequeñez. Ponernos de rodillas nos hace mucho bien, sirve a nuestra humildad; además **Cristo se humilló primero**, se inclinó ante los Apóstoles y les lavó los pies.

Tener una actitud comprensiva, sobre todo en el ambiente familiar, hace mucho bien y evita muchos males: no echar en cara los defectos y errores, disculpar sus fallos, ver lo positivo, **pedir perdón por nuestros yerros**, ser educados, dar las gracias y pedir las cosas por favor, tener detalles, corregir con delicadeza, sin humillar, aprender de los otros... Esto crea un ambiente grato, cálido que favorece las relaciones que tienden a tensarse con frecuencia.

Decía **san Josemaría**: “La humildad nos lleva como de la mano a esa forma de tratar al prójimo, que es la mejor: la de comprender a todos, convivir con todos, disculpar a todos; no crear divisiones ni barreras; comportarse -¡siempre!- como instrumentos de unidad” **¡Da gusto encontrarse con una persona humilde!**

*Juan Luis Selma, en [eldiadecordoba.es](http://eldiadecordoba.es).*